

El ejercicio del pensar

#67

Marzo 2026

**La revolución
interrumpida: una
mirada a su
recepción**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Carlos Pereyra
Santiago Ramírez
Juan Felipe Leal
Antonio Franco

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Historia y coyuntura:
perspectivas
marxistas**



El ejercicio del pensar no. 67 : la revolución interrumpida : una mirada a su recepción / Carlos Pereyra... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2026. Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-308-270-4

1. México. 2. Revoluciones. I. Pereyra, Carlos
CDD 978.9

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo

Gloria Amézquita - Directora Académica

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Producción Editorial

Valeria Carrizo y Darío García - Biblioteca Virtual

Equipo

Magdalena Rauch - Coordinadora

Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Luna González y Teresa Arteaga

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina.

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinadores del Grupo de Trabajo

Jaime Ortega Reyna

Universidad Autónoma

Metropolitana-Xochimilco, México

jortega@correo.xoc.uam.mx

Paula Vidal

Universidad de Chile, Chile

pvidal@u.uchile.cl

Marcelo Starcenbaum

Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

mstarcenbaum@gmail.com

Equipo editor

Luis Alvarenga

Universidad Centroamericana

"José Simeón Cañas", El Salvador

lalvarenga@uca.edu.sv

Carlos Pérez Segura

Instituto Nacional de Formación Política

de Morena, México

carloperseg@gmail.com

Jaime Ortega Reyna

Universidad Autónoma

Metropolitana-Xochimilco, México

jortega@correo.xoc.uam.mx

Coordinación del número

Jaime Ortega

Índice

Presentación

Un momentito, luego seguimos

Carlos Pereyra

México, la revolución interrumpida

Santiago Ramírez y Juan Felipe Leal

“La Revolución Mexicana en marcha”, señuelo de la ideología burguesa

Antonio Franco

¿Así la vivió el pueblo?

Anónimo

“La revolución interrumpida” de Adolfo Gilly. Un aporte trotskista a la Tarea de Organizar las Fuerzas para la Continuación de la Revolución Mexicana

Presentación:

México, la sombra de la revolución y la intervención de Adolfo Gilly

Pocas obras logran acaparar la atención de sus tesis durante tanto tiempo. Entre la amplísima producción en torno a la Revolución Mexicana, la de Adolfo Gilly (1928-2023) es, sin duda, una de las que se ha elevado al rango de clásico. Obra compuesta en medio del encierro carcelario, que brindó a Gilly la calma temporal de la escritura, en un entorno violento y agitado como es el de ser apresado por motivos políticos, realizó una intervención que ha perdurado como una de las más importantes en la segunda mitad del siglo XX.

Gilly ya era conocido en los círculos revolucionarios latinoamericanos, pues su militancia profesional en esta particular área de desenvolvimiento “laboral” (¿hacer la revolución es también un trabajo?) lo catapultó a partir de su fina escritura y una sensibilidad poco vista. Especialmente resultó importante su estudio, desde la cárcel, sobre la revolución mexicana.

La intervención de Gilly no pasó desapercibida. Pronto obtuvo respuestas provenientes de diversos sectores, mismo que aquí presentamos. Las intervenciones de Carlos Pereyra, de Santiago Ramírez, Antonio Franco y de dos anónimos provenientes de corrientes políticas diversas, dan idea de la complejidad que convocó la obra del argentino. Muchas de ellas valen la pena por su pertinencia crítica, pero también para mirar cómo era conceptualizado el fenómeno de la revolución.

Valga este espacio para hacer un homenaje póstumo y crítico a la productiva obra de Adolfo Gilly.

Un momentito, luego seguimos¹

Carlos Pereyra²

Como sucede con frecuencia, *La revolución interrumpida* —que constituye una contribución decisiva a la historiografía de la revolución mexicana— es, por lo menos, dos libros. En efecto, “este libro —escribe Gilly— es la explicación, la exposición y el desarrollo de esa concepción (la revolución permanente) a la cual toma como base y punto de partida” (p. 295). Más adelante, el autor añade: “Este libro es también una historia de la revolución mexicana, considerada no desde el punto de vista de sus facciones dirigentes, triunfadoras o derrotadas, sino desde el de sus protagonistas, las masas mexicanas” (p. 389). Se trata, pues, de una doble lectura de la revolución mexicana que exige, a su vez, una doble lectura de *La revolución interrumpida*.

En virtud de que una serie de aspectos y momentos de la revolución de 1910-1920 no habían sido iluminados sino hasta la aparición de esta obra, la comprensión del proceso político determinante de la historia contemporánea de México pasa por un detenido estudio del libro de Gilly. La imagen confusa del proceso revolucionario que se deriva de las formas más burdas de acercamiento al mismo —la revolución como pugna entre caudillos, como sucesión de fenómenos puramente militares, como secuencia de traiciones—, y que se mantiene igualmente oscura en aquellos exámenes más rigurosos que advierten en la revolución un simple enfrentamiento democrático contra la dictadura porfirista y la usurpación de Huerta, queda notablemente aclarada a partir de la investigación de Gilly en la que aparece la insurgencia campesina de la segunda década del siglo como la más acabada expresión de la lucha de clases, la modalidad más profunda de la irrupción de las masas en la historia. La revolución interrumpida exhibe, por tanto, la falsedad de las dos categorías —continuidad y homogeneidad— en función de las cuales la ideología de la revolución mexicana piensa la historia reciente de la nación.

Después de sesenta años el país sigue careciendo de investigaciones decisivas sobre el proceso de 1910-1920, lo que no niega, evidentemente, la existencia de un volumen impresionante de estudios monográficos, investigaciones parciales, biografías, exámenes del papel de tal o cual fracción e, intentos más o menos logrados de una visión de conjunto del movimiento insurreccional. La revolución ha sido caracterizada como democrática, burguesa, antimperialista, antifeudal, agraria, anticapitalista, nacionalista, etc. A pesar de la abundante búsqueda teórica que esto implica, siguen faltando investigaciones capaces de aprehender la totalidad del proceso revolucionario y su integración dentro del sistema mundial capitalista. El libro de Gilly es, indudablemente, uno de los avances más importantes en este sentido, aunque —o tal vez por ello mismo— dará lugar a un número mayor de polémicas que el de temas cuyo debate cierra.

¹ Publicado originalmente en *La Cultura en México*, 1972.

² Destacado filósofo marxista mexicano. Murió en 1988.

La teoría de la revolución permanente ha sido generalmente incomprendida, en virtud de las vicisitudes que experimentó su autor, Trotsky, en el desarrollo de la revolución rusa y, principalmente, debido a la densa campaña de difamación que sobre aquella arrojó el marxismo dogmático oficial dominante de 1925 a 1960, por lo que haremos un breve resumen de ella. En el proceso de realización de los objetivos democráticos, dice Trotsky, el proletariado triunfante, por la lógica de la situación, vería planteados inevitablemente, en una etapa determinada, problemas puramente socialistas. La teoría de la revolución permanente expresaba, en su origen, la idea de que la revolución rusa, si bien poseía objetivos burgueses inmediatos, no podrían detenerse allí. La revolución sólo podría cumplir tales objetivos llevando al proletariado al poder. La dictadura del proletariado se encontraría, pues, de modo inevitable y repentino, al triunfar, ante objetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa, la revolución democrática se transformaría directamente en socialista, convirtiéndose con ello en permanente. La victoria completa de la revolución democrática, insistía Trotsky, “implica el triunfo del proletariado. Este último, a su vez, implica la ininterrupción ulterior de la revolución”.

En épocas más recientes, también se ha empleado esta teoría con una significación diferente, según la cual, en la situación del mundo actual, en medio de una crisis del sistema capitalista y dado un movimiento revolucionario a escala universal, una lucha democrática y antimperialista tendría ininterrumpida a convertirse en una revolución socialista. Tal sería el caso de la revolución cubana.

El proceso de la revolución mexicana de 1910-1920 no se dio en este marco mundial. Tampoco se presentaron las condiciones que Trotsky consideraba imprescindibles para convertir una revolución en permanente: la realización de la alianza del proletariado con las masas campesinas bajo la dirección de la vanguardia proletaria organizada y el ascenso de ésta al poder. Gilly muestra claramente estas ausencias en la insurrección agraria de nuestro país y, sin embargo, mantiene el concepto de “revolución permanente”, con lo que introduce un elemento de confusión, no sólo en el examen histórico de la revolución, sino también en el enfoque de la sociedad mexicana posrevolucionaria.

Por otra parte, no puede extrañar la inaplicabilidad de la teoría de la revolución permanente en el examen de la revolución que inició en 1910, pues el propio Trotsky no la concibió jamás como una supuesta “ley” de la historia, con el significado anacrónico que se le concedía a este término en las ciencias naturales, sino como una hipótesis cuya validación exige los requisitos antes mencionados. Por ello escribió el dirigente ruso antes de 1917: “Si el proletariado mismo no es lo bastante fuerte para alcanzar la victoria, entonces no habrá más remedio que llegar, en términos generales, a la conclusión de que nuestra revolución no está llamada a triunfar. En estas condiciones, el final natural de la revolución debe ser el acuerdo de la burguesía liberal con el antiguo régimen. Es ésta una hipótesis cuya posibilidad no puede descartarse. Pero es evidente que se halla en el camino de la derrota de la revolución, condicionada por su debilidad interna”. Así pues, en la perspectiva de Trotsky podemos caracterizar más calificadamente el movimiento agrario de 1910-1920 como una revolución derrotada que no como una revolución permanente interrumpida.

Si bien es cierto, como señala Gilly, que la única manera como puede concebirse en términos marxistas la revolución en cada país es en el plano mundial y como parte de la revolución

mundial, también es necesario advertir que ésta constituye una meta, no un punto de partida. Si para determinar la presencia de la revolución mundial en un proceso nacional no se establecen las indispensables mediaciones, se corre el riesgo de elaborar una tesis metafísica en el sentido estricto del término: introducción de un elemento exterior al proceso. Por ello arriba Gilly a conclusiones que Octavio Paz califica justamente de fantásticas: “la revolución nacionalista de México pudo ir tan lejos durante la etapa cardenista porque, aún cercada por el imperialismo, existía la Unión Soviética que, a pesar de la política de su dirección, era un punto de apoyo objetivo para todos los progresos revolucionarios de las masas del mundo” (p. 352).

Sin embargo, la coyuntura favorable a la política de Cárdenas que ofrecía la situación internacional tampoco se explica por la “razón esencial” que Paz señala; las querellas entre las grandes potencias. Un planteamiento de este orden es, por lo menos, abstracto. En rigor, es imposible la comprensión de la revolución mexicana sin advertir el modo como ésta se inserta en el sistema mundial, pero esta inserción no está determinada por la existencia de la URSS no por los conflictos de las grandes potencias. Mucho más definitivo para situar el periodo de Cárdenas en el plano mundial, es el examen de las repercusiones de la crisis de 1929 en los países atrasados y dependientes: “En América Latina, después de la crisis de 1929, hasta en países de tradición económica “liberal” como Argentina, comenzaron a fortalecerse los instrumentos de acción del poder público como un medio de defender la economía exportadora... el fortalecimiento y la modernización del Estado parecían los instrumentos necesarios para lograr una política de desarrollo efectiva y eficaz... el supuesto general implícito de esa concepción era que las bases históricas de la situación latinoamericana apuntaban hacia un tipo de desarrollo eminentemente nacional. De ahí que se tratase de fortalecer el mercado interno y, a la vez, de organizar los centros nacionales de decisión de tal modo que fueran sensibles a los problemas del desarrollo de sus propios países” (Cardoso y Faletto).

Es evidente que la crisis de 1929 no repercute en América Latina en un “espacio vacío”, sino que, en cada caso, se articula de modo diferente con los factores nacionales sociopolíticos dominantes. En México, que acababa de salir de la formidable insurrección campesina de 1910-1920, y que vivía un nuevo periodo de luchas populares, esa coyuntura internacional favorable se tradujo en una política oficial distinta a la de otros países latinoamericanos. Sin embargo, esta diferencia específica no puede ocultar el hecho de que había un elemento invariante, el proyecto de un desarrollo nacional independiente. Con diferencia de pocos años, América Latina vivió el intento de realizar este proyecto en un buen número de países, de la misma manera en que, breve tiempo después, el continente entero vivió la quiebra definitiva de ese proyecto.

Es necesario repetir que una revolución burguesa no lo es porque algún sector de la burguesía desempeñe en ella el papel principal o encabece la insurrección popular y tome las riendas del gobierno en el transcurso de la revolución o inmediatamente después. Si se partiera del supuesto de que estos requisitos son indispensables para caracterizar como burguesa a una revolución, “bien puede llegarse a la conclusión de que la revolución burguesa es casi un mito y de que difícilmente ha ocurrido alguna vez” (Deutscher). No son tampoco las metas subjetivas que se plantean las diversas fuerzas combatientes en una revolución las que

permiten su caracterización, sino el impacto general que aquella produce en la sociedad. “La revolución burguesa crea las condiciones bajo las cuales la propiedad burguesa puede florecer. En esto, más bien que en los alineamientos particulares producidos durante la lucha reside su diferencia específica”. (Deutscher).

Gilly agrupa las interpretaciones de la revolución mexicana en tres concepciones fundamentales: a) la concepción burguesa que afirma que la revolución es, hasta nuestros días, un proceso continuo; b) la concepción que el autor membreta como “pequeñoburguesa”, según la cual se trata de un proceso cerrado y c) la concepción que Gilly etiqueta como “proletaria”, que dice que la revolución se inició como agraria y antimperialista, adquirió en su curso un carácter empíricamente anticapitalista y debió interrumpirse dos veces, en 1920 y 1940, “sin poder avanzar hacia sus conclusiones socialistas”. El carácter interrumpido que Gilly le atribuye a la revolución mexicana se desprende del supuesto carácter permanente de la misma que ya hemos discutido más arriba, y que aquí muestra su inconsistencia al pretender Gilly que la revolución mexicana, en la que el proletariado no operó nunca como fuerza independiente, y cuando intervino lo hizo del lado de la burguesía, tenía la posibilidad de avanzar hacia sus conclusiones socialistas!

El carácter burgués de la revolución mexicana no proviene del hecho de que el Plan de San Luis Potosí y el Plan de Guadalupe contemplaran casi exclusivamente un conjunto de limitadas reformas políticas, no depende de que la Constitución de 1917 sea burguesa, no se funda en el cumplimiento sólo parcial de sus metas agrarias y antiimperialistas, sino que radica en su conquista esencial: la destrucción de las instituciones sociales y políticas que obstruían el desarrollo de la propiedad burguesa y de las relaciones capitalistas de producción.

5

Así como se ha podido caracterizar la Revolución de Octubre en Rusia como una articulación de revoluciones burguesa y proletaria, aun cuando ambas fueron realizadas bajo la dirección de los bolcheviques, de la misma manera es necesario caracterizar la revolución mexicana como una combinación de revoluciones agraria y burguesa. El hallazgo principal del libro de Gilly consiste en su demostración de la fuerza incontenible de la revolución agraria que barrió el país entero durante varios años, construyó el ejército más poderoso de la revolución: la División del Norte, elaboró el programa político más completo: el Plan de Ayala, conquistó una dirección político-militar independiente; el Ejército Libertador del Sur, se apoderó de la capital de la República y de la sede del gobierno nacional, destruyó el aparato del gobierno capitalista en el Estado de Morelos, arinconó a la dirección burguesa enemiga en la franja costera veracruzana y estuvo muy cerca de obtener el triunfo decisivo, que fue impedido, como también muestra Gilly claramente, por la incapacidad de la revolución campesina de resolver el problema del Estado y desarrollar un proyecto político nacional.

Reconocer en las masas campesinas a los protagonistas de la revolución y comprenderla a partir de esa perspectiva de clase es uno de los méritos básicos del libro de Gilly. En una investigación marxista, sin embargo, no es suficiente el examen de la actuación de una de las clases que participan en un proceso; es necesario determinar también el modo como se mueve cada una de las otras clases sociales. La limitación más evidente de La revolución interrumpida es la incapacidad de su autor para advertir la dinámica de la política burguesa. De la lectura del libro de Gilly se desprende la errónea conclusión de que la política burguesa

de Madero, Huerta, Carranza, Obregón y de todos los regímenes posteriores a 1940 no han tenido más finalidad que la de contener la insurgencia popular a través de las concesiones que han sido necesarias. Si bien es cierto que los campesinos iniciaron su lucha dando su apoyo político a la burguesía y sublevándose a su llamado, para transformar poco después ese apoyo en una alianza, la cual devino finalmente en un enfrentamiento armado con la burguesía, también es preciso advertir que esta guerra de clases no sólo culminó con la derrota de la revolución campesina, sino con la integración y subordinación de ésta al proyecto político de la burguesía.

Lo que Gilly no ve es que una vez derrotado el aparato militar independiente de los campesinos, después de haber sido borrada su propia dirección política, en cuanto destrozadas las experiencias anticapitalistas de los pueblos del sur, la movilización agraria no sólo no era contraria a un proyecto general de desarrollo capitalista, sino que, apoyándose en ella, la dirección burguesa liquidó a su fracción de clase más débil, la oligarquía latifundista, y abrió paso a formas más avanzadas de las relaciones capitalistas de producción.

Aquellos objetivos de la revolución agraria que fueron incorporados a la política burguesa (adiciones al Plan de Guadalupe en diciembre de 1914, ley agraria en enero de 1915, Constitución de 1917, etc.) no fueron simples concesiones al enemigo de clase, sino parte importante de la transformación del país en la que también estaban interesados los dirigentes burgueses de la revolución. Cuando Gilly escribe que “las masas, al llegar al punto de viraje, lograron imponer de todos modos aquellos objetivos elementales que aseguraban la destrucción y el no retorno el antiguo régimen contra el cual se habían alzado nacionalmente” (p. 168), oculta el hecho de que la destrucción del antiguo régimen y la sustitución de éste por nuevas formas de relaciones capitalistas era el objetivo central de la dirección burguesa, más allá de una mera reforma democrática. En otras palabras, las masas no impusieron ningún objetivo elemental porque todos ellos se adecuaban íntegramente a los marcos jurídicos, sociales, económicos y políticos del nuevo poder burgués que la revolución estableció. Lo único que las masas podían “imponer” y no lo consiguieron porque fueron derrotadas, era su autonomía militar y política.

6

Que la “guerra campesina derribó el poder político de los terratenientes y abrió camino al desarrollo económico y al poder político de la burguesía” (p. 393) es una conclusión a la que llega Gilly y que exhibe el carácter burgués de la revolución mexicana. El autor, sin embargo, encuentra una diferencia en ésta, ya que “la revolución mexicana dejó a esa burguesía sin bases sociales propias, condenada sin bases sociales propias, condenada a depender de las masas que no pudieron ejercer el poder, pero a las cuales ella tampoco pudo derrotar” (p. 393). La tesis de la “dependencia” de la burguesía mexicana frente a las masas la emplea Gilly en varias ocasiones para explicar la debilidad de la burguesía, resultado del carácter permanente-interrumpido de la revolución.

Esta tesis, sin embargo, es falsa. Ningún régimen burgués puede gobernar basado exclusivamente en su propia fuerza social, a menos que recurra de manera permanente al apoyo de las armas, ya que —es obvio— constituye la minoría absoluta de la población. Todo gobierno necesita incorporar una base social de apoyo más amplia. Esto lo puede conseguir de diversas maneras: manipulando las contradicciones sociales, aprovechando épocas de crecimiento económico que atenúa tales contradicciones y, fundamentalmente, a

través de la dominación ideológica. Una situación privilegiada para incorporar una amplia base social de apoyo es la que resulta del ascenso revolucionario de la burguesía al poder, cuando ésta puede aparecer como representante de toda la sociedad. “Y puede hacerlo así, porque en los comienzos su interés se armoniza realmente todavía más con el interés común de todas las clases no dominantes” (Marx). Ahí donde Gilly cree encontrar la debilidad de la burguesía mexicana, radica, por el contrario, su fuerza, como fue evidente a lo largo de varias décadas. No ha sido sino hasta estos últimos años, que ha empezado a debilitarse esa base social. De ahí la “apertura” actual, que no es un intento, cómo cree Paz de “apoyarse en las organizaciones obreras y campesinas”, sino un esfuerzo por recomponer una base social que ha comenzado a deteriorarse gravemente.

7

Las bases materiales que Gilly encuentra que ha dejado la revolución interrumpida son: la propiedad estatizada, la organización ejidal y los sindicatos obreros. La organización ejidal es, en efecto, una traba al desarrollo social del capitalismo. Sin embargo este rol social que desempeña la institución del ejido ha sido refuncionalizado de modo tal que no sólo ha sido una de las fuentes fundamentales de la acumulación capitalista en los últimos treinta años en México, sino también uno de los pilares del control político en el campo. Menos aún puede invocarse la propiedad estatizada como una de las bases materiales de la revolución interrumpida. El hecho de que se encuentre también propiedad estatizada en la misma proporción que en México, incluso mayor, en países que no han realizado una revolución, como Brasil y Egipto, debiera llamar la atención en el sentido de que el capitalismo de estado, lejos de ser resultado de un proceso revolucionario, es uno de los rasgos que caracterizan el desarrollo del capitalismo en los países atrasados, en el marco del sistema mundial imperialista. Finalmente, pretender que el tipo de sindicalismo que existe en México es una de las bases materiales que dejó la revolución interrumpida es desconocer que la actual estructura sindical evidencia la derrota del movimiento popular, que hizo posible la integración y subordinación de éste a la política de los regímenes burgueses. El hecho positivo de que existan organizaciones sindicales no es fruto de la revolución, como es evidente al observar la historia del movimiento obrero en Argentina, Uruguay, Chile, Colombia, etc., así como la historia del propio movimiento obrero mexicano anterior a la revolución. En cambio, el hecho negativo de que el sindicalismo en México haya sido la negación del movimiento es resultado del modo como éste se articula en el proceso revolucionario de 1910-1920 y en la vida política nacional posrevolucionaria.

8

Las objeciones y discrepancias que suscita la lectura de *La revolución interrumpida* no ocultan la importancia de una obra que no sólo orientará grandemente la futura investigación historiográfica de la revolución mexicana, sino que constituye el intento más riguroso que ha habido en el examen de ésta desde una perspectiva marxista, la que posibilita los indiscutibles hallazgos que hay en el texto de Gilly.

México, la revolución interrumpida³

Juan Felipe Leal y Santiago Ramírez⁴

En el verano de 1971 apareció un libro escrito en la cárcel de Lecumberri. Su autor, Adolfo Gilly, reunió y estudió durante cinco de los años que pasó en prisión los materiales que le sirvieron para la redacción del texto, finalmente publicado. Encarcelado desde abril de 1966, junto con sus camaradas Óscar Fernández Bruno y Teresa Confreta de Fernández, militantes de la fracción posadista de la IV Internacional, se contó a Gilly entre los más antiguos de los actuales presos políticos de México, hasta febrero de 1972, cuando quedó en libertad al igual que algunos de sus compañeros, y salió del país.

La revolución interrumpida. México, 1916-1929: una guerra campesina por la tierra y el poder (México, Ediciones “El Caballito”, 1971, 401 pp.), no es un libro más sobre la revolución mexicana: se trata de una tentativa de interpretación marxista que apela a la teoría de la revolución permanente para su fundamentación. El trabajo que nos ocupa abre —sobre bases nuevas y de alto nivel—, la polémica entre la izquierda mexicana sobre la caracterización de la revolución de 1910.

En estas líneas no se hará una reseña ni una crítica completas de *La revolución interrumpida* —cuyos aciertos y cualidades han sido ampliamente reconocidos: su visión histórica y totalizadora, que combina los hechos económicos, sociales, políticos y militares de una manera coherente y reveladora; la vinculación que el autor hace entre los acontecimientos nacionales y los eventos mundiales, y, sobre todo, el estudio “en vivo” de las fuerzas sociales, de sus intereses, contradicciones y coaliciones, durante la guerra civil—, sino que se tratará de definir si es correcto o equivocado el caracterizar como permanente —aunque interrumpida— a una revolución carente “de dirección proletaria y de programa obrero”, y dirigida por la orientación de la burguesía y la pequeña burguesía.

Tres concepciones de la revolución

³ Publicado en *Punto Crítico*.

⁴ Juan Felipe Leal es un sociólogo mexicano dedicado al estudio del Estado y el movimiento obrero. Santiago Ramírez fue un destacado marxista en el campo de la filosofía de la ciencia.

Los fundamentos teóricos del texto se hallan resumidos en un apéndice, escrito originalmente como introducción al libro. En él, apunta el autor, que las interpretaciones de la revolución mexicana pueden agruparse en tres concepciones fundamentales a saber:

- a) “La concepción burguesa, compartida por el socialismo oportunista y reformista, que afirma que la revolución, desde 1910 hasta hoy, es un proceso continuo, con etapas más aceleradas o más lentas, pero ininterrumpidas, que va perfeccionándose y cumpliendo paulatinamente con sus objetivos bajo la guía de los sucesivos “gobiernos de la revolución”. p. 387.

“La concepción pequeñoburguesa y del socialismo centrista, que sostiene que la revolución de 1910 fue una revolución democrático-burguesa que no logró sino parcial o muy parcialmente sus objetivos —destrucción del poder de la oligarquía terrateniente, reparto agrario y expulsión del imperialismo—, no pudo cumplir con sus tareas esenciales y en un ciclo cerrado y terminado. En consecuencia, es preciso hacer otra revolución que nada tiene que ver con la pasada...” p. 387-p. 388.

- b) “La concepción proletaria y marxista que dice que la revolución mexicana es una revolución interrumpida. Con la irrupción de las masas campesinas y de la pequeña burguesía pobre, se desarrolló inicialmente como revolución agraria y antiimperialista y adquirió, en su mismo curso, un carácter empíricamente anticapitalista llevada por la iniciativa de abajo y a pesar de la dirección burguesa y pequeñoburguesa dominante. En ausencia de dirección proletaria y programa obrero, debió interrumpirse dos veces: en 1919-1920 primero, en 1940 después, sin poder avanzar hacia sus conclusiones socialistas; pero, a la vez, sin que el capitalismo lograra derrotar a las masas arrebatándoles sus conquistas revolucionarias fundamentales. Es por lo tanto una revolución permanente en la conciencia y la experiencia de las masas, pero interrumpida en dos etapas históricas en el progreso objetivo de sus conquistas. Ha entrado en su tercer ascenso -que no parte de cero, sino de donde se interrumpió anteriormente- como revolución nacionalista, proletaria y socialista”.

La teoría de la revolución permanente

El término y el concepto de la revolución permanente o ininterrumpida se remontan a Marx y Engels. La idea aparece ya en germen en *El manifiesto comunista*, donde la revolución

burguesa es considerada como una fase del desarrollo histórico que debe necesariamente proceder a la revolución socialista, pero que la puede preceder por muy poco tiempo. De toda suerte, el proletariado, de acuerdo con este documento, no jugaría el papel predominante en la revolución burguesa; ésta sería, ante todo, una tarea propia de la burguesía.

Sin embargo, al continuar su análisis de las revoluciones europeas de 1848, Marx precisó más la idea de la revolución permanente, reconociéndole al proletariado un papel más importante en ella. Según Marx, se requería que el proletariado sostuviera provisionalmente a la democracia burguesa, manteniendo intacta su propia organización independiente y armándose en previsión de la lucha inevitable que advendría al término de la fase burguesa de la revolución. Se pasaba, así, de la posición de apoyo expuesta en *El manifiesto*, al esfuerzo del proletariado por influir en la marcha de la revolución; aunque quedaba claro que la revolución burguesa sería llevada a cabo por la burguesía. (Véase: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. En: *Obras Escogidas*, vol. I, Moscú, Ediciones Lenguas Extranjeras, 1955, p. 112-245).

Sería precisamente esto último lo que tanto Lenin como Trotsky -tras la Comuna de París y ya en la fase imperialista del capitalismo- pondrían en duda; aunque cada quien de manera distinta. Una revolución burguesa podía y aún debía ser realizada bajo la hegemonía del proletariado. A Lenin le tomó diez años llegar a esta conclusión, adaptándola, finalmente, en abril de 1917. Trotsky, por su parte, elaboró casi de un golpe su teoría de la revolución permanente.

La teoría de la revolución permanente es el fruto de los intercambios intelectuales habidos entre Trotsky y el socialdemócrata ruso alemán Parvus. Este último, a partir de la masacre del 22 de enero de 1905, que marcó el inicio de la primera revolución rusa, tuvo la intuición de que el proletariado jugaría el papel predominante en la revolución que se abría. A lo largo de este año continuó Trotsky su reflexión sobre el problema y, en 1906, redactó en prisión el trabajo *Balances y Perspectivas*, que dio a la teoría de la revolución permanente su primera forma acabada.

Tres puntos son los centrales de la concepción trotskista de la revolución permanente⁵:

1. En los países atrasados la burguesía no puede hacer la revolución democrático-burguesa, ésta es una tarea que sólo es posible bajo la hegemonía del proletariado, quien se encarga de conducir a la revolución de su fase burguesa a su momento socialista en un plazo muy breve.
2. La transformación continua de la sociedad se funda en una sucesión de etapas, cada una de las cuales es el resultado directo de la anterior. Las contradicciones internas y externas van impulsando al proceso, que no se interrumpe, sino hasta la completa desaparición de las clases sociales.
3. La revolución asume de inmediato un carácter internacional y pone a la orden del día la perspectiva de la revolución mundial.

Lenin centró su atención en los problemas derivados de la construcción del partido político del proletariado, pero mantuvo su interés por la cuestión del carácter de la revolución que se avecinaba. Así, en lo que respecta a la sucesión de las etapas, esto es, al pasaje de la revolución burguesa a la socialista bajo la hegemonía del proletariado, tanto Lenin como Trotsky coincidirían en abril de 1917.

Sin embargo, en lo referente al papel del campesinado en la revolución, los dos hombres habrían de polemizar largamente: “Acusó a Lenin de exagerar el papel independiente del campesinado, Lenin señalaba el carácter doble del mismo, lo cual lo convertiría en un aliado provisional del proletariado. Pero en lo que coinciden puntualmente Lenin y Trotsky es en el hecho de que el campesinado es incapaz de participar de manera autónoma en el escenario histórico, hallándose condenado a seguir la dirección de otras clases, ya sea de la burguesía o del proletariado”.

Inconsecuencia teórica

Como se ha visto, en los señalamientos de Lenin y de Trotsky se concibe a la revolución permanente como un proceso que consiste en el tránsito de la revolución socialista, bajo la hegemonía del proletariado; lo cual presupone, necesariamente, la organización

⁵ Véase al respecto el texto clásico de León Trotsky: *La revolución permanente*. Buenos Aires, Editorial Coyoacán, 1963., 2 vols. 91 y 74 pp.

independiente de este último, y esto es precisamente lo que no ocurre en la revolución mexicana; hecho que el mismo Gilly reconoce. ¿Es entonces correcto calificar de permanente —aunque interrumpida— a una revolución orientada por la pequeña burguesía y la burguesía apoyada por el campesinado?

De otra parte, la revolución mexicana se inserta de manera peculiar en el proceso revolucionario mundial: tiene aún las características de las revoluciones democrático-burguesas del siglo XIX, pero comienza a manifestar los atributos de las revoluciones proletarias de los países atrasados en la era del imperialismo. Sin embargo, esta incertidumbre —debida al hecho de ser la última de un ciclo y la primera de otro— queda decidida por la falta de una organización independiente del proletariado, capaz de asumir la dirección del movimiento.

Así, si la revolución mexicana no es permanente, entonces, tampoco es interrumpida. Se trata de una revolución democrático-burguesa que por tener lugar en la era del imperialismo “no logró sino parcial o muy parcialmente sus objetivos... no pudo cumplir con sus tareas esenciales y es un ciclo cerrado y terminado”. Lo cual, por supuesto, no significa que las instituciones por ella creadas no sean capaces de evolucionar y de ajustarse a las condiciones cambiantes del momento. Pero ello de ninguna manera nos habla de la “permanencia” de la revolución.

Tareas y peligros

Esta concepción, a nuestro modo de ver, es la base de la discrepancia a la que alude Solidaridad, órgano informativo y de lucha del Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (STERM), en su número 61, correspondiente al 31 de enero de 1972: “... Hay en ellos —los materiales del primer número de *Punto Crítico*—, sin embargo, una coincidencia ideológica que no podemos dejar de señalar, porque al mismo tiempo, respecto de Solidaridad, representa una discrepancia básica: es la caracterización de la Revolución Mexicana como una revolución democráticoburguesa”.

En efecto, la concepción de Gilly sobre la revolución mexicana, que consiste en caracterizarla como permanente-interrumpida, avalada por la dirección del STERM hace algunas semanas, implica, en nuestra opinión ciertos peligros, entre ellos, el de la falta de una independencia ideológica frente al Estado mexicano, que puede obstaculizar la construcción del partido obrero en el país.

No obstante, la tarea que se plantean tanto Gilly como Solidaridad es, en esencia, correcta, y en ello coincidimos: la construcción del partido obrero y el trabajo político en los sindicatos, en los ejidos, en las empresas estatizadas, en las escuelas y en las universidades.

En cuanto a los desacuerdos, como apunta *Solidaridad* (número 62, tercera época, febrero 15 de 1972, p. 41), “éstos se disiparán en el curso de las tareas de la alianza ante la evidencia misma de los hechos”.

“La Revolución Mexicana en marcha”, señuelo de la ideología burguesa⁶

Antonio Franco⁷

De los adictos a la fantasmagoría política que hace consistir el desarrollo y el futuro del país en continuar y completar, en toda su acabada perfección, la revolución burguesa de 1910-1917, el recluta más reciente, sin duda alguna, es el sector mexicano de la corriente trotskista que en el Continente se agrupa en torno de J. Posadas.

La expresión última y más elaborada de esa posición es la que se manifiesta en el capítulo final del libro de Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*.

“Ninguna organización y ninguna política revolucionarias —declara Gilly a nombre del posadismo—, puede construirse en México al margen y fuera de la revolución mexicana”.

Si por revolución mexicana se entendiera a toda aquella que se produce en el país, y, por tanto también la que está en gestación, no mistificaría la realidad el autor del párrafo citado: diría, sin embargo, una verdad de Perogrullo. Empero, en la jerga priista mexicana es la exclusiva de la pretérita revolución que cerró en el país el ciclo de las revoluciones burguesas, al mismo tiempo que a escala mundial los proletarios rusos inauguraron el de las revoluciones socialistas. Como se advierte, para los posadistas el término revolución mexicana es tomado precisamente en el sentido de exclusividad que usa el reformismo burgués de aquí.

En el esquema de J. Posadas, la revolución de 1910 tiene además de historia, harta vigencia presente y perspectiva socialista. Pues se trata de “una revolución que aún no ha terminado... una revolución interrumpida en su curso hacia su conclusión socialista... una revolución que dejó a la burguesía sin bases sociales propias, condenada (¡la pobre!) a depender de las masas” a las que el capitalismo no ha logrado derrotar” ni “arrebatar sus conquistas fundamentales” (op. cit.).

De Trotsky, Gilly cita el siguiente axioma: “La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos”. Y a párrafo seguido coloca el aforismo citado como adjetivo que califica, *a fortiori*, los acontecimientos de 1910-17: “esa es la historia de la revolución mexicana: en representación de toda la nación explotada (como corresponde a la clase obrera durante la transformación socialista. A. F.) las masas campesinas mexicanas fueron capaces, en diez años de guerra civil, de rehacer al país de arriba a abajo y con él rehacerse a sí mismas”. (op. cit.).

Para arribar a esta conclusión y a todas las demás que expone al final de su libro, Gilly ha debido ahorrarse la consideración de hechos históricos tan trascendentes como la derrota de las masas campesinas revolucionarias, y el triunfo para una clase minoritaria, la burguesía, que así se garantizó no sólo el privilegio gubernativo, también el de la vida política. Si por encima y contra estos hechos se insiste en entonar cánticos juglares a la irrupción de las

⁶ Publicado en *Oposición*, publicación quincenal del Partido Comunista Mexicano.

⁷ Antonio Franco fue un militante comunista y periodista.

masas en “el gobierno de sus propios destinos”; si se insiste en que el capitalismo no ha podido arrebatarse a las masas sus conquistas, resulta evidente que no se ha comprendido el tipo de rehechura del país que se produjo después de 1915: una rehechura a imagen y semejanza de la “familia revolucionaria”; resulta evidente que el enjuiciador se ubica en una fantástica realidad social que no es la de este país, sino una ilusión óptica de esquemas y vocablos prefabricados.

Son las gafas del dogmatismo las que hacen ver a Gilly una revolución que “no ha terminado”, que está “interrumpida” en su ida al socialismo, una revolución de carácter permanente y de contenido de clase, determinados en el pasado, en el presente y en el futuro por el fetiche de la revolución mundial.

Al convertir en fetiche la revolución mundial, Gilly sepulta la idea marxista acerca de la *forma nacional* de la revolución proletaria y sobre su lápida surge la letanía que reza: son pequeño-burgueses y socialistas centristas los partidarios de la revolución en su propio país: los que definen una revolución por su contenido en el país respectivo; los que opinan que el socialismo puede vencer también el país por país y se empeñan, siguiendo la concepción leninista, por el triunfo con el suyo, en vez de elaborar las consignas del proletariado mundial; los que distinguen la existencia de más de un modelo de revolución y construcción socialistas, y anticipan ideas relativas a un modelo de tales procesos para México, siendo que revolución y socialismo, si no se es hereje, se deben concebir sólo en su forma primaria, púnica y mundial, que demanda la uniformación de los países, los partidos y los militantes; los que se proponen impulsar una nueva revolución sin comprender que lo marxista y proletario radica en perseguir un espectro de la revolución mundial; la mexicana; los que hablan de revolución violenta, etc. Casi todos los partidarios del socialismo centrista — agrega— pertenecen al Partido Comunista Mexicano o han sido formados en su escuela. En cambio, los nacional-revolucionarios —los liberales burgueses—, ¡esos sí que son consecuentes! Y con ellos hay que aliarse, pues son quienes tienen la posibilidad de llevar a la “Revolución Mexicana” a sus últimas consecuencias.

Pero lo que el desarrollo histórico y los intereses proletarios demandan de los revolucionarios consecuentes hoy por hoy, es su contribución al desarrollo de una voluntad capaz de acometer una transformación social completamente nueva: una revolución que siendo también mexicana —esto es nacional por su forma, por las tradiciones nacional-estatales, las peculiaridades políticas, sociales y culturales en que se desarrolla—, es, por su contenido de clase y por los objetivos que se propone, históricamente distinta y opuesta a su precedente, y se inscribe ya en el ciclo de las revoluciones socialistas.

La presencia nada casual en México de un partido que ha iniciado la destrucción de la unidad basada en la ideología de la “Revolución Mexicana” desborda el estupor de los posadistas y les concita el filo de sus prédicas y argumentaciones, hechas a nombre de las multitudes laboriosas: “Toda la población trabajadora de México comparte de uno u otro modo la idea verdaderamente nacional (sic) de que no hay que hacer una nueva revolución, sino continuar y completar la que quedó interrumpida”. (op. cit.).

“Esta concepción —asegura Gilly— ha sido formulada y desarrollada por J. Posadas en sus textos y artículos sobre México. Su base teórica está en la revolución permanente. Su antecedente lejano en los escritos de Trotski sobre el periodo cardenista” (op. cit.).

La identificación vulgar de los conceptos revolución permanente y trotskismo, obliga a recordar que Marx y Engels, y no Trotski, son los forjadores del concepto *revolución permanente*, y los primeros en darle aplicación y despliegue. A partir de los clásicos, no pocos de sus seguidores, el mismo Trotski, formularon hipótesis y teorías de la revolución permanente que no dan fundamento alguno a las proposiciones de tácticas y soluciones que levanten cadáveres históricos —eso es la revolución de 1910-17— y que pretendan como lo hizo el lombardismo en México, apoyar el desarrollo capitalista haciéndolo aparecer como proceso revolucionario. Es elemental distinguir entre la proposición que Marx y Engels hacían en 1848 para impulsar una revolución en proceso, no concluida, y la aplicación voluntarista del concepto de revolución permanente a lo que ha dejado de ser una revolución viva para convertirse en una categoría de la ideología burguesa-mexicana.

Trotski, por ejemplo, en 1929, al interpretar a Marx decía entender por permanente, “una revolución (no necesariamente a todas, A. F.) que no se detiene en la etapa democrática y pasa a las reivindicaciones de carácter socialista”. Cualquier lector de los trabajos de Trotski en ese periodo advertirán que se refería indistintamente al carácter permanente de la revolución y al ritmo ininterrumpido de la misma. Pero el posadismo quiere derivar de la “interrupción” de la “Revolución Mexicana” el carácter permanente de su desarrollo y de este desarrollo permanente su “temporal interrupción”.

Por distinto camino, el posadismo ha llegado a la conclusión que en los años 40 elaboró Lombardo Toledano, aunque tiene sobre éste el mérito de no hacer depender de la iniciativa del gobierno el desarrollo de la “Revolución Mexicana”, pese a las ilusiones que en la capacidad revolucionaria del nacionalismo burgués expresa. El lombardismo basa toda su estrategia en la consigna “por la Revolución Mexicana al socialismo”; los seguidores de J. Posadas resumen su camino histórico en la superstición de que el “ciclo entero de la Revolución Mexicana culmina con el poder obrero”.

Una estrategia tal, ha de tener expresiones tácticas que, igualmente, no rebasan los marcos que la burguesía establece o concede al movimiento obrero. Situados ya en la perspectiva de la continuación de la “Revolución Mexicana”, han de buscarse los periodos de flujo y reflujo de ésta. Y así, los posadistas concluyen en que la “interrumpida y permanente” ya “ha entrado en su tercer período de ascenso”. ¿Qué hacer entonces para garantizar la culminación de este período? La consigna es la creación de “un partido obrero basado en los sindicatos (que) se complemente o se combine con la tarea inmediata de formar el frente antiimperialista”.

Por lo que se refiere a la posibilidad de crear un partido obrero basado en los sindicatos mexicanos, la consigna revela un rotundo desconocimiento de esas organizaciones. Tiempo ha que los sindicatos mexicanos fueron degradados al papel de pilares del estado burgués, y se tornó utopista basar en ellos las acciones del movimiento obrero y más aún, la estructuración de un partido proletario. La creciente insurgencia obrera avanza por senderos distintos y enfrentados a los aparatos sindicales, demostrando con ello más perspicacia e iniciativa de quienes acostumbrados al traslado de fórmulas dogmáticas no advierten la semejanza de su planteamiento con la práctica priista.

Y por lo que ve a la creación del frente nacional antiimperialista, complemento para la futura plenitud de la vieja revolución, es necesario observar que, en las condiciones actuales,

equivale a sacar del desván consignas que, carentes de evidencia histórica, han sido desechadas por el movimiento revolucionario.

Hoy, como ayer, lo indispensable es subrayar la separación de objetivos de la burguesía gobernante y las clases y capas explotadas de México, destacar la contraposición de intereses históricos y la oposición de los caminos que una y otras tienen: para aquellas la “continuación de la Revolución Mexicana”; para éstas una nueva revolución en la que se plasmen la transformación histórica de que son portadoras y las tradiciones de lucha popular de que sólo ellas son herederas.

Hoy, como ayer, lo necesario es garantizar la independencia del movimiento revolucionario, la lucha por la formación de un torrente revolucionario autónomo capaz de disputar el poder a la burguesía. Marchar hacia ese objetivo implica la formulación y realización de las tareas que permitan agregar en cada acción y en cada movimiento, nuevos contingentes separados de la burguesía, conscientes de su enfrentamiento con ella, con su ideología, con su “Revolución”, y aguerridos en su tarea histórica: apresurar el reloj de la lucha de clases y acercar la hora de la revolución socialista.

¿Así la vivió el pueblo?⁸

Entre la muy amplia literatura sobre la revolución mexicana de 1910, se cuenta una obra publicada en 1971, cuyas características le confieren un interés especial. Tal interés no se deriva primordialmente de su calidad como análisis histórico, ni supone una identidad de concepciones con ella. Porque, aun no participando, ni total ni predominantemente, de la posición que Adolfo Gilly adopta frente a la revolución mexicana, no puede negarse que su obra⁹ merece atención, por apartarse el marco en que se encuentran situados la mayor parte de los trabajos históricos que se publican sobre el tema.

Dos cuestiones básicas confieren atractivo a la obra que estamos comentando; ambos aspectos son de importancia, por lo que no vacilamos en decir que podrían haberla convertido en un fundamental trabajo de análisis, de no existir ciertas deficiencias en la interpretación de Gilly que, a juicio nuestro le quitan a su obra buena parte del mérito que de otro modo le habría correspondido.

Por un lado, constituye una excepción este trabajo por la indiferencia que muestra hacia las versiones estereotipadas por muchos historiadores oficiales, quienes, al repetir —sin mayor preocupación de análisis y sin aportar hechos— interpretaciones fabricadas para satisfacer al público con fórmulas agradables y sencillas, caen insensiblemente en la propaganda sin valor. Por otro lado, el libro de Gilly está escrito con apasionamiento legítimo; su autor no se siente ajeno a los hechos que describe o trata de analizar. No ofrece, por lo tanto, una fría relación de lejanas observaciones, ni una recopilación erudita de acontecimientos ajenos tanto al lector como al autor de la obra, sino que, por el contrario, aspira a tomar partido dentro de la lucha que describe y pretende extraer del análisis criterios para juzgar la situación de nuestro país. No hay nada en sus páginas que pretenda situarlas por encima de “la pelea” y juzgar olímpicamente el transcurrir de los hechos, al margen de las experiencias e intereses de los hombres concretos que los vivieron.

Existe, no sin razón, una suspicacia muy generalizada respecto a los trabajos de interpretación escritos sobre México por extranjeros. Muchas veces, una estancia no más prolongada que unas cuantas semanas, seguida por la lectura de un paquete de libros en el que predominan las obras de otros extranjeros, al cabo de algunos meses producen otra obra más, para consumo de los turistas cultos y semicultos, polarizados por la fama “romántica y misteriosa” del país de indios y volcanes. Las reticencias están más que justificadas; ya que tales obras se encuentran plagadas de errores de interpretación, de situaciones falsamente descritas y de lagunas evidentes, que no escaparían ni a los niños de primaria. Muestra en general una absoluta desconexión con el ambiente, desconocen las particularidades de los habitantes y el curso real de la historia. La repetición de errores comunes justifica la desconfianza frente a los trabajos que no han pasado primero por la criba de un minucioso análisis o no van apoyados por alguna noticia sobre la forma en que fueron preparados. A veces, la desconfianza se lleva hasta el extremo; algunas personas sostienen incluso, como algo evidente, que los extranjeros, por el simple hecho de serlo —o de no haber dejado de serlo— se encuentran prácticamente impedidos para situarse en la condición que permite

⁸ Publicado en *Nuevo Índice*, revista dirigida por Narciso Bassols Batalla.

⁹ *La revolución interrumpida*, por Adolfo Gilly. Ediciones “El Caballito”, 401 páginas, México, 1971.

llevar a cabo estudios serios sobre la historia y los problemas de nuestro país. Bastaría mencionar media docena de ejemplos, para poner en evidencia que no es así; la cuestión agraria, ciertas etapas de la historia del siglo XIX, la vida bajo el porfirismo o bajo Santa Anna, etc., han sido aspectos nacionales tratados con provecho por extranjeros. Lo importante, por supuesto, no reside en la nacionalidad del autor, ni tampoco la mayor parte de las limitaciones o errores que cometen quienes vienen de fuera a estudiar nuestra realidad, serían insuperables, existiendo laboriosidad y empeño en el intento. La experiencia de Gilly indica, más bien, que lo difícil para los que se acercan con una mentalidad formada consiste en desprenderse de sus propios prejuicios, más bien que en familiarizarse suficientemente con los nuestros.

El libro que comentamos no intenta desarrollar una exposición general del curso de la revolución mexicana. Está formado, en verdad, por una serie de ensayos sobre diversos aspectos culminantes o muy importantes de los sucesos ocurridos entre 1910 y 1920, con una excursión, un tanto desligada del resto de la obra, hacia acontecimientos posteriores, como habremos de comentar más adelante. Inicialmente, Gilly traza un cuadro de la situación existente en México durante los últimos años del porfirismo, en particular deteniéndose sobre la política de Limantour y la penetración de los intereses ingleses, franceses, españoles y norteamericanos en el comercio, la minería, el petróleo, la industria textil y alimenticia. La situación del campo, fraccionado en grandes haciendas maiceras y pulqueras, así como en explotaciones ganaderas extensivas, sienta las bases para la interpretación tradicional de la revolución de 1910-20 como un movimiento básicamente agrario y antiimperialista. A continuación, este libro describe el surgimiento del maderismo y los antecedentes directos del movimiento armado, pasando rápidamente sobre los aspectos políticos, que juzga puramente formales y externos. Resulta curioso que termine su primer capítulo Gilly diciendo “así empezó la revolución mexicana”. Porque en realidad, lo único que no explica en absoluto es precisamente cómo empezó la revolución. Es cierto que presenta una amplia relación de materiales históricos sobre la situación existente en 1910, así como una colección variada e ilustrativa de comentarios de escritores marxistas sobre las condiciones creadas en los países atrasados y semicoloniales, o francamente coloniales, durante el periodo de penetración de la economía capitalista. Pero no se interesa en absoluto por señalar ni siquiera los aspectos más someros de un proceso político en el cual participaron, de un modo o de otro, más o menos de cerca o de lejos, todos los personajes importantes cuyos actos posteriores dentro del movimiento revolucionario describe en su obra, Madero, Zapata, Carranza, Flores Magón, los hermanos Vázquez Gómez, Cabrera, Múgica, Jara y tantos otros más, no surgieron como de milagro, de la noche a la mañana, en vísperas de 1910, sino que previamente habían tomado parte en incontables actividades políticas y habían compartido, cada uno desde una posición personal y política distinta, desde luego, toda una época de inquietudes y luchas incipientes en nuestro país.

Podría decirse que a Adolfo Gilly, preocupado como se muestra a lo largo de toda su obra por relacionar el desarrollo de los acontecimientos en México entre 1910 y 1920 con la suerte de otros movimientos populares de la época y con ciertas teorías políticas de su predilección particular, juzgó anecdótico todo lo ocurrido entre esos años, interesado únicamente en señalar el marco económico y social en que se movieron los acontecimientos. Sin embargo, apenas puede creerse que en tales condiciones se haya sentido con elementos de juicio para valorizar situaciones políticas concretas ocurridas con posterioridad. Los dirigentes que

menciona en capítulos posteriores de su obra, actuaron entonces movidos por fuerzas que venían desarrollándose desde muchos años antes; resulta imposible entender, por ejemplo, la conducta de Zapata frente a Madero, así como la actitud de Madero frente a Zapata, si conocer los antecedentes maderistas de Zapata y el cuadro político nacional en que los morelenses se acercaron a la oposición, rompiendo viejas ligas con el dictador Díaz. El artículo 39 del Plan de San Luis, en particular, se convierte en un texto ininteligible, en un arranque demagógico desorbitado de Madero, cuando no se toma en cuenta que el maderismo, a todo lo largo del territorio nacional, se había desarrollado en íntimo contacto con corriente derivadas del magonismo y con fuerzas independientes que tendían a la oposición, algunas de ellas movidas, como el zapatismo, por la presión del problema agrario.

Así vemos aparecer, desde casi sus primeras páginas, lo que después encontraremos repetido incontables veces en esta obra. Sin analizar y tener a la vista los hechos históricos concretos, al autor se le hace fácil lanzarse a generalizaciones vagas, matizadas con calificativos políticos imprecisos, que lo conducen a afirmaciones insostenibles y en algunos casos francamente grotescas. El maderismo y sus personajes, o sea el movimiento político del cual surgió toda la revolución, no son analizados en absoluto; el autor parece desconocer la forma concreta cómo ocurrieron las cosas e interpreta a los actores del drama histórico mexicano como simples marionetas movidas por las fuerzas económicas. Sus personajes son monigotes, no hombres. El cuadro histórico es entonces descrito con toda comodidad: un país colonizado durante tres siglos, al cual la dominación española traslada una caricatura del latifundismo europeo del siglo XV, sacudido después por la introducción de formas económicas capitalistas, trastornado por los ferrocarriles y el auge de la minería, donde el pueblo, como parte de una lucha mundial en la que ha vivido la humanidad durante todo el siglo, inició una transformación en su favor, detenida por la dirección conservadora de la burguesía nacional. Todo esto es cierto, sin duda alguna, pero ¿cómo sucedió? ¿Cuáles fueron las circunstancias en que se llegó a este resultado? ¿Por qué unas corrientes se encontraron en condiciones de sacar adelante sus propósitos o defender adecuadamente sus intereses y por qué otras, aunque más numerosas, no pudieron lograr sus fines? De todas estas cosas el libro del señor Gilly no nos dice una sola palabra. En su análisis del maderismo, como decíamos antes, no se toma la molestia de investigar quiénes eran y de dónde venían esos pintorescos dirigentes y generales que entraron a la ciudad de México con Madero en 1911; en tales condiciones, no puede ofrecer, naturalmente, sino vagas generalidades para explicar lo que después de unos días empezó a ocurrir entre ellos, ni la forma en que produjo la ruptura del movimiento triunfante. El huertismo, desde luego, resulta ser la encarnación de la reacción alarmada ante el curso revolucionario; pero, ¿quién era Huerta en 1913? La oposición huertista a los intereses yanquis, no pasa de ser un intento demagógico, etc.; pero, ¿por qué Huerta llega al poder con apoyo de un Wilson y sale de él con la hostilidad de otro? El estudio histórico no debe reducirse a la formulación de hipótesis generales, relacionadas con la situación de la época, acomodándose los hechos después, como sea posible, aunque en algunos casos haya que violentarlos grotescamente para que quepan en el sitio que les ha asignado en la interpretación.

Madero, empleando tales métodos, deviene casi un descentrado, poco menos que un loco, por su pretensión de utilizar la nueva situación creada por el desarrollo nacional, en busca de la democracia política. En cambio, la movilización de amplios sectores que de este modo se puso en marcha, es atribuida a una vaga conciencia de solidaridad, aunque dista mucho de

estar explicado en el estudio de Gilly por qué razones despertó precisamente en ese momento. ¿Cuál fue la diferencia entre el reyismo y el maderismo, por ejemplo? Es indudable que la situación general existente en México durante los primeros años del siglo, condicionó el marco dentro del cual habría de actuar el maderismo; pero no puede explicarse, sin un análisis concreto que Gilly evade, todo lo ocurrido durante los últimos años del porfirismo y los primeros meses del movimiento revolucionario.

La caracterización que Gilly hace del zapatismo, constituye un buen ejemplo de su forma de simplificar y trivializar el desarrollo de los hechos históricos. En primer lugar, Gilly caen en la trampa y presenta a Zapata como un simple labriego, por fuerza desconocedor de la situación social y política de México; cuando la verdad histórica indica que, sin cultura escolar naturalmente, sin preparación académica en absoluto, era un hombre desenvuelto, dotado de una clara comprensión de la realidad social, que había estado en contacto con Díaz y sus colaboradores, se había hecho partidario y había tenido problemas por ello, de los movimientos políticos locales del estado de Morelos, se había incorporado al maderismo y concebía su lucha personal en el movimiento revolucionario como parte de este movimiento político.

En segundo lugar, Gilly coquetea con la interpretación pintoresca que relaciona la lucha agraria de Morelos con la existencia de antecedentes de la época colonial, ya que existen documentos firmados por los reyes de España o sus funcionarios, a los cuales se dice que los indios atribuían un significado extraordinario. La formación de la nacionalidad mexicana, como no es un secreto para nadie, ha estado históricamente condicionada a la liberación del indígena de la servidumbre colonial y a su incorporación a la condición de ciudadano libre. Este problema ha sido, desde luego, fundamentalmente un problema económico; ya que la solución formal, incorporada a la primera constitución y elevada a la categoría de dogma por el movimiento liberal del siglo XIX, no consiguió en absoluto la liberación del indígena mexicano, sino que al contrario consolidó y empeoró su situación. Desde este punto de vista, por supuesto, la lucha por la tierra durante la revolución mexicana de 1910-20 continuó un proceso largo cuyos orígenes arrancan desde la Conquista. Pero resulta un tanto forzado atribuir a los campesinos de Morelos una fe ciega en los documentos extendidos por los españoles; en todo caso, se explica que guardaran una conciencia clara de que todo el país había sido suyo antes de Cortés y de que interpretaran los documentos coloniales como una especie de pacto entre conquistados y conquistadores. Habían transcurrido muchas generaciones entre una situación y la otra, de modo que la persistencia de la explotación comunal en extensas zonas y durante largo tiempo después de la Conquista, constituía una situación de hecho, derivada de las instituciones prehispánicas, así como de los cambios introducidos por los propios conquistadores. Pero en 1910, la situación agraria impedía el desarrollo del mercado capitalista interno y frenaba la industrialización del país, lo cual puso en marcha un impulso para su transformación, mucho más efectivo que las vagas reminiscencias históricas.

Cuando la obra que comentamos aborda etapas posteriores del zapatismo, recurre nuevamente a generalizaciones sin apoyo en los hechos. Es cierto que durante algunos meses los campesinos de Morelos fueron dejados en paz por el carrancismo, muy ocupado entonces en combatir a las fuerzas del villismo; pero pronto volvió aquel a la carga contra el estado de Morelos. La situación existente durante ese breve tiempo en la zona dominada por los zapatistas, quienes habían ocupado las tierras inmediatas a los pueblos y las cultivaron para

satisfacer las necesidades mínimas de la región y de las zonas próximas, tiene poca similitud con la incorporación del campo a un mercado capitalista moderno que resultó de la reforma agraria mexicana. En realidad, las ideas agrarias de Zapata y sus seguidores fueron evolucionando a lo largo del proceso revolucionario; las etapas de esta evolución quedan patentes si se comparan los textos de sus documentos más importantes. Sin embargo, sobre otros aspectos de la futura organización del país no presentó el zapatismo una imagen clara de sus propósitos. Resulta indudable que hacía falta mucho más que las características populares del movimiento para llevarlo al triunfo nacional y poner en sus manos el gobierno central. Sobre algunos aspectos de la cuestión agraria, el movimiento de Morelos manifestó incluso propósitos que habría sido imposible llevar a la práctica y que se habrían demostrado inoperantes, en caso de que sobre ellos se hubiera basado la acción agraria. Entre otras cosas, por ejemplo, puede mencionarse la idea de indemnizar a las viudas y huérfanos de la Revolución, así como a los extranjeros cuyas tierras fueron expropiadas por causa de utilidad pública, mediante la venta de las haciendas de los enemigos del movimiento de 1910. Nadie puede poner en duda, en cambio, que la prolongada y heroica resistencia de los zapatistas y de su dirigente principal fue decisiva para impedir que la acción agraria se estancara, como estaba ocurriendo bajo Carranza, una vez promulgada la Constitución y pacificado el país. Puede afirmarse sin vacilación que los revolucionarios de Sonora no habrían intentado la reforma agraria que inició el régimen de Obregón, de no haber representado el apoyo del sur una de sus cartas decisivas para expulsar a Carranza de la ciudad de México en 1920. No dejó de ser simbólico que al entrar a la capital el triunfador del Bajío, lo acompañara en forma destacada el más importante revolucionario de Morelos que sobrevivía. Ni puede olvidarse que al escapar de las redes tendidas a su alrededor por Carranza, la idea de Obregón haya sido la de huir hacia Morelos precisamente. En la historia del agrarismo mexicano la carta del triunfo fue el movimiento zapatista; pero ello no quiere decir, como afirma Gilly, que el programa de los revolucionarios sureños contuviera la solución de otros problemas nacionales con una claridad comparable.

Veamos los términos precisos en que Gilly plantea su tesis. “Emiliano Zapata no se proponía conscientemente destruir el régimen capitalista —cosa que probablemente nadie ha sostenido nunca—. Sus ideas surgían de la experiencia campesina, no del programa obrero socialista. Sin embargo, la aplicación del Plan de Ayala significaría de hecho la destrucción de las bases de existencia del capitalismo. Por un lado, por la nacionalización de todos los bienes de las clases explotadoras. Por el otro, mucho más importante en los hechos porque fue lo que efectivamente aplicaron los campesinos, por el establecimiento del principio de que son las masas mismas quienes deciden, armas en mano”. “Al revés de todos los planes y programas burgueses o reformistas, que se basan en que el poder de decisión queda en manos del Estado burgués y de la propiedad privada capitalista, el plan zapatista coloca la iniciativa en manos de las masas”. “Pero no oponía la perspectiva de otro poder estatal centralizado basado en las masas, perspectiva que no podía surgir de la experiencia campesina, sino del programa proletario”.

Ante todo, vale la pena hacer notar que el Plan de Ayala, lo cual es muy ilustrativo de la verdadera mentalidad de los zapatistas, habla específicamente de que serán tribunales especiales establecidos al triunfo de la revolución los que decidirán la suerte de las indemnizaciones agrarias; por otro lado, no es exacto decir que proponían la nacionalización de todos los bienes de todos los miembros de las clases explotadoras. En cambio, es claro que

Gilly subestima la información que había llegado a Morelos sobre las huelgas obreras de 1906 y sobre el programa liberal magonista, el cual contiene reivindicaciones obreras bien definidas y que tuvieron una influencia directa sobre la Constitución de 1917. Existen datos históricos concretos que demuestran la excitación y la inquietud que tales informaciones provocaron en Morelos, donde siempre había existido descontento por la situación agraria. Los futuros zapatistas comprendieron de inmediato que la caída del dictador Díaz abriría amplias posibilidades para transformar la situación de la propiedad agraria en su región, y fue con tales propósitos que se incorporaron, primero a las contiendas cívicas locales y más tarde al maderismo.

Lo que ocurrió, según indican los hechos históricos, fue que en la resistencia de algunos sectores del propio maderismo y la presencia del ejército federal que seguía en pie, permitió a los latifundistas paralizar fácilmente los ofrecimientos agrarios de Madero y evitar su aplicación. Con buen juicio, el zapatismo comprendió que si tal cosa era permitida la suerte toda de la reforma agraria no se vería en duda; de ahí su determinación de continuar en pie de lucha y su ruptura con Carranza, cuando éste tomó una actitud muy semejante a la de Madero. No tiene caso hacer especulaciones sobre lo que habría hecho el propio Zapata de haber sobrevivido a Carranza; pero es casi inevitable reconocer que la pacificación era inminente en 1920. Zapata siempre insistió en que nada buscaba para sí mismo al incorporarse a la lucha agraria, ya que era un hombre con modos propios de visa al presentarse el movimiento revolucionario; de tal modo que probablemente su conducta habría sido distinta a la de Villa, quien pidió una hacienda al negociar su rendición al gobierno delahuertista. La interpretación de Gilly, frente a estos hechos, tiene mucho de una novela; como en una narración fantástica, resulta suficiente que las cosas no sean inverosímiles para que se conviertan de hecho en una realidad. No puede negarse que puso bastante talento en el desarrollo de su interpretación, por lo cual muchas de sus hipótesis resultan sugestivas y la imaginación se desborda especulando sobre lo que pudo haber sido, sobre lo que puso haber ocurrido de conformidad con sus esquemas teóricos.

No sería posible examinar aquí otros aspectos de la descripción y el análisis que hace en su obra Adolfo Gilly sobre el desarrollo de la revolución mexicana. Aparte de las campañas militares de Villa, enfoca su mira con particular interés sobre la situación creada en la capital después del triunfo del constitucionalismo. En la etapa de la Convención de Aguascalientes y de la posterior división de los revolucionarios, resalta de nuevo su tendencia a sustituir la evolución real de los acontecimientos con oscuras y vagas generalidades respecto al carácter popular de los ejércitos campesinos de Villa y Zapata.

A veces, leyendo las páginas de Gilly se pregunta uno si el autor está interesado en los acontecimientos que ocurrieron durante esos años en nuestro país, es evidente que le interesa hacer especulaciones sobre cosas que no ocurrieron, pero que a su juicio debieron haber ocurrido. La discusión que se abrió en Aguascalientes, como hacía notar Obregón, vino a cerrarse en realidad algunos meses después, a fines del año siguiente, para ser exactos, al reunirse la asamblea constituyente en Querétaro. Por más que no quiera verlo, salta a la vista que, además de las cuestiones personales que se debatían entre los jefes de las diversas corrientes, la gran cuestión a decidir era el carácter de las bases que se establecerían para el desarrollo futuro del país. Aun cuando en aquellos momentos se llevaba a cabo una enconada lucha en otras partes, sobre todo en Europa, que daría paso a formas nuevas de organización política y social, a nuevas formas del Estado y del Poder, y, a pesar de que muchos

revolucionarios mexicanos estaban al tanto de tales luchas y se sentían solidarizados con ellas, la realidad fue que el problema concreto que se debatía en México, como lo demostró la nueva Constitución aprobada poco después, cuya originalidad el propio Gilly reconoce, era el carácter de la organización social que nacería en el campo y en la ciudad. La lucha por el socialismo no podía ser, en tales circunstancias, sino una aspiración lejana cuya realización pertenecía indudablemente al porvenir. No habría objeción válida que hacer a un estudio del movimiento revolucionario mexicano que estableciera sólida y científicamente la relación que guardó en la situación social del mundo en su época. Ni tendría por qué excluirse en tal estudio el análisis de la composición de clase de las diversas corrientes políticas que participaron en la lucha. El enfoque de Gilly consiste en centrar toda la atención hacia las disputas y contradicciones de los revolucionarios mismos, no como ellos las comprendieron, sino como el autor las considera hoy día. De este modo se olvida o se soslaya el objetivo real de la lucha y la subsistencia de muy fuertes bastiones del viejo régimen. Hoy día es fácil concluir que los acontecimientos habrían de tener el desenlace que tuvieron; pero la experiencia del estado de Morelos, que cita repetidas veces el propio Gilly, ¿acaso no demuestra que la situación tendía a regresar a un equilibrio negativo de tipo reaccionario, como había sido el caso durante el porfirismo? En 1919 y 20 los hacendados estaban volviendo a tomar posesión de los ingenios y de las tierras sembradas alrededor de los mismos; buena parte de las propiedades que después resultarían afectadas por el reparto agrario volvían a las manos de sus antiguos dueños, muchos de los cuales eran extranjeros.

Sin la existencia de un sistema político y legal que permitiera la reforma, la presión de esos intereses habría impedido su realización. ¿Por qué Gilly no analiza —además de esos misteriosos ascensos y descensos de la voluntad revolucionaria de las masas, que saca como *Deus ex machina* cada vez que tiene que explicar un recodo del proceso— los obstáculos que existían en un país débil, económica y militarmente, para llevar a la práctica las aspiraciones populares?

Todavía en 1930, como es bien sabido, la reforma agraria distaba mucho de haberse consumado, ni siquiera en las zonas más propicias para ello. Tal situación era hija de las debilidades, titubeos y compromisos en que habían incurrido los dirigentes del movimiento revolucionario, convertidos en gobernantes. De haber Gilly analizado y descrito ese proceso de indecisión política, que en ocasiones alcanzaba caracteres de claudicación, habría prestado un servicio importante a la clarificación del curso históricos de la Revolución de 1910. Con tal punto de partida, le habría sido posible explicar el nuevo impulso que tomó el reparto agrario durante el cardenismo; así como habría estado en condiciones de comprender las contradicciones internas del propio cardenismo y las causas que dieron a los gobiernos siguientes un carácter conservador.

Un estudio histórico de esta naturaleza habría llevado a Gilly —por lo menos así lo creemos nosotros— a la comprobación de que el desarrollo de la acción agraria de la Revolución Mexicana ha sido, efectivamente, un proceso interrumpido muchas veces en otras. Quedaría en claro todo lo que aún no se ha hecho para que el reparto de las tierras entre la población campesina conduzca a su mejoría económica y su progreso. Cobrarían así verdadera vida y significado lo que en Gilly no pasa de ser un conjunto de esquemas abstractos y fórmulas teóricas. Es de desear que la obra de la que nos hemos ocupado en estas notas, a través de nuevos estudios y análisis, vea superadas sus actuales limitaciones.

La revolución interrumpida, de Adolfo Gilly¹⁰

Un aporte trotskista a la tarea de organizar las fuerzas para la continuación de la Revolución Mexicana

Cuando los camaradas Adolfo Gilly, Óscar Fernández Bruno, Teresa Confreta de Fernández y otros cinco camaradas más fueron apresados y procesados en abril de 1966 por la policía y los jueces de la burguesía mexicana, el camarada Posadas escribió un documento para organizar de inmediato su defensa política, “juicio del trotskismo y de la Cuarta Internacional al capitalismo y a la burguesía mexicana”. Ese texto comenzaba diciendo:

“Los camaradas presos en México deben llevar una defensa en nombre de las ideas de la IV Internacional. Deben llevar una defensa, una actividad y una lucha política contra el juez en que sostenga la legitimidad de la lucha por las ideas trotskistas, la nobleza y el sentido progresista de las ideas trotskistas y la necesidad para México de las ideas trotskistas son una continuación, para esta etapa de la historia, de la revolución rusa y de la revolución mexicana. La revolución mexicana significó el levantamiento de la población para luchar por el progreso de México, entregando la tierra a los campesinos y oponiéndose y combatiendo a la penetración del imperialismo. Y los trotskistas luchan en México por esas mismas ideas...” El pueblo mexicano hizo la revolución de 1910 a 1917. El imperialismo y la revolución pudieron contenerla. Pero no la aplastaron. Vuelve a surgir constantemente.

Sobre esa perspectiva y con el apoyo de la orientación incesante de cartas, textos y documentos de Posadas y de la IV Internacional, organizaron su actividad los camaradas presos. Esta actividad se manifestó en declaraciones, cartas, organización de la vida en la cárcel en forma de comunas, discusiones políticas, incorporación al partido de nuevos camaradas ganados en la cárcel, funcionamiento y desarrollo colectivo e individual viviendo como equipo de la Internacional, defensa política ante los tribunales burgueses en nombre de las ideas, los principios, el programa, los objetivos, los métodos y la organización de la IV Internacional. Esta actividad ha tenido una influencia muy grande, no sólo en la cárcel, sino sobre todo el país, en el desarrollo de la corriente de organización de las fuerzas de la revolución mexicana para esta nueva etapa.

El libro del camarada Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, escrito íntegramente en la cárcel, es una historia y una interpretación marxista de la revolución mexicana a partir de aquella concepción formulada por el camarada Posadas, y representa un nuevo ejemplo de esta actividad colectiva de nuestros camaradas presos.

Este libro ha sido editado recientemente por ediciones El Caballito, y ha tenido un eco de comentarios muy favorables, en particular en la vanguardia revolucionaria y en representantes de la tenencia nacionalista revolucionaria, como es el caso de los artículos de Martínez de la Vega y Fausto Castillo, en *El Día* y *Siempre*, respectivamente.

¹⁰ Publicado en *Voz Obrera*, 1971.

... Los comentarios no se refieren a su forma literaria, sino a su contenido político. La razón es que “La revolución interrumpida” responde a una necesidad imperiosa y actual de la revolución mexicana, las luchas presentes y preparar los progresos próximos.

Este libro, como toda la tarea de los camaradas presos y de la sección mexicana de la IV Internacional, significa algo más. Significa la confirmación del fracaso completo de los planes de la burguesía mexicana y de su policía, aliada con la CIA, cuando desencadena en la represión contra el trotskismo a partir de abril 1966 y efectuaron en ese año, de abril a diciembre, cuatro oleadas de encarcelamientos de militantes del Partido Obrero Revolucionario (POR, trotskistas), junto con el asesinato de nuestros camaradas mexicanos y guatemaltecos en Guatemala.

El “Juicio del trotskismo y de la IV Internacional al capitalismo y la burguesía mexicanos”, del camarada J. Posadas, no iba dirigido a responder a una represión cualquiera. El camarada Posadas comprendió inmediatamente, y lo planteó, que el objetivo de la represión era eliminar al POR en México y preparar golpes mayores y muy próximos contra la IV Internacional, para esta etapa de la revolución mexicana y de la revolución mundial. El texto dice en esencia: “no hay represión ni hay fuerza que pueda eliminar estas ideas, porque son justas y necesarias”. Y organiza la defensa, no sólo de las ideas en general, sino del organismo concreto en el cual se encarnan, del instrumento material para llevarlas adelante: la IV Internacional mundialmente, el POR (trotskista) en México.

Efectivamente, al apresar a nuestros camaradas, torturarlos, robarlos, saquear sus casas y encarcelarlos, la policía creyó que terminaba con el partido. Así lo declararon sus agentes: “aquí se acabó el POR(t)” confirmando con ello que Posadas, desde lejos, había visto bien las intenciones de sus jefes políticos. Como siempre en tales casos, el análisis policial y burgués resultó equivocado, además de estúpido. La IV Internacional se desarrolló en el mundo y sus ideas, a través de los textos de Posadas y de la dirección internacional y de la actividad de sus secciones, pesan, influyen y organizan en los centros decisivos de la revolución, empezando por los Estados Obreros, los Estados revolucionarios, los partidos comunistas de masas y de las revoluciones nacionalistas. La sección mexicana se desarrolló, su influencia creció. “Voz Obrera” continuó apareciendo, influyendo y organizando, y hoy los trotskistas y el partido trotskista, somos un instrumento y un organismo central e indestructible del frente en que se está organizando dinámicamente las fuerzas de la revolución nacionalista y proletaria en México.

Ese es el significado de la aceptación obtenida por el libro del camarada Gilly. Pues como decía también entonces el camarada Posadas: “La autoridad de los trotskistas no es solamente el grupo que milita actualmente, sino la autoridad política y el desenvolvimiento de la lucha de las masas, que se van extendiendo y va adquiriendo la fisonomía trotskista”.

La importancia de esta consideración no reside en mostrar el fracaso de los métodos policiales, sino el triunfo de las ideas revolucionarias. La represión de 1968 contra los trotskistas fue el inicio de toda una ola represiva dirigida a impedir la organización independiente de las masas, que culminó en la masacre de Tlatelolco.

Todo eso también fracasó. El acontecimiento central que se desarrolla actualmente es el progreso de la lucha de la vanguardia revolucionaria, nacionalista y socialista, y de sectores de las masas cada vez más amplios, por su organización independiente y por la continuación

de la revolución mexicana hasta sus conclusiones socialistas. Todos los golpes que da el enemigo para contener este progreso como las provocaciones de asaltos y “secuestros” o el reciente atraco jurídico contra el STERM son a la defensiva, y parten de una posición nacional y mundial enormemente más débil que la que tenían nomás hace cinco años.

La publicación de la revolución interrumpida y la acogida muy favorable que ha tenido son parte inseparable de este acontecimiento central. La tarea de nuestros camaradas presos es la misma que cuando fueron encarcelados. Pero su acento ha cambiado: ya no es ante todo demostrar la necesidad para México de las ideas trotskistas, comprobada en México superando las pruebas de las más severas de la historia; el asesinato de Trotsky, el asesinato de un equipo entero de dirección en Guatemala, la ola de calumnias y provocaciones, la ola de represiones, el con el encarcelamiento sucesivo de tres equipos de dirección en 1956; sino sobre todo, ahora organizar esa necesidad de las ideas trotskistas como continuadoras de la revolución rusa y de la revolución mexicana.

“La Revolución Interrumpida” forma parte de esa tarea. Esta historia de la revolución mexicana muestra cómo sus protagonistas no fueron los caudillos, sino las masas que se lanzaron a la lucha y cambiaron el país de abajo arriba; como los conflictos entre las tendencias dirigentes fueron el reflejo y la expresión deformada de las luchas de clases en la base de la revolución; como el campesinado no sólo se lanzó a conquistar las tierras sino que, en representación de toda la nación explotada buscó empíricamente conquistar el poder y lo expresó en su punto más alto en la ocupación de México por los ejércitos campesinos de Villa y Zapata, cómo llegó el campesinado zapatista a construir transitoriamente en Morelos un poder popular, un embrión de gobierno obrero y campesino, la comuna de Morelos; cómo, a falta de partido obrero y de alianza obrera y campesina, pudo la burguesía finalmente contener la revolución y quedarse en el poder, pero no pudo suprimirla, ni establecer un poder burgués sólido y estable; como la revolución volvió a reaparecer vigorosamente en la época de Cárdenas; y cómo hemos entrado ya en el tercer ascenso de la revolución mexicana.

El libro muestra, en síntesis, cómo la revolución mexicana, que al enlazarse con la revolución mundial trasciende los límites burgueses, no pudo triunfar en la época de Zapata y Villa, pero tampoco fue derrotada; quedó interrumpida, surgió con Cárdenas volvió a interrumpirse en 1940 resurge hoy nuevamente buscando su culminación socialista.

Esta tercera etapa se apoya en las conquistas que quedaron de la época Cardenista, pero exige, para ser llevada adelante, la organización de las masas independiente de la burguesía y del estado, con el programa revolucionario, el frente antiimperialista y el partido obrero basado en los sindicatos. Construir esos organismos, partiendo de experiencia y la seguridad históricas acumuladas por las masas mexicanas y del nivel actual de la revolución mundial, es tarea de toda la fuerza de la revolución mexicana: nacionalistas revolucionarios, trotskistas comunistas, tendencias antiimperialistas, tendencias obreras de origen sindical, militantes obreros, campesinos y estudiantes, militares antiimperialistas, técnicos e intelectuales nacionalistas y revolucionarios. Esta tarea se enlaza y recibe impulso del desarrollo de la revolución mundial de los Estados obreros, de los Estados revolucionarios y del ascenso de la revolución mundial de los Estados obreros, de los Estados revolucionarios y del ascenso de la revolución nacionalista y proletaria en toda América Latina, cuya precursora fue la revolución mexicana de Zapata y de Villa, de Cárdenas y de Múgica.

La repercusión obtenida ya, a pocas semanas de su aparición, por el libro del camarada Gilly, expresa que las fuerzas de la revolución mexicana buscan organizarse con esos objetivos, y que para hacerlo buscan apoyo en las ideas y los análisis marxistas, expresadas hoy por el posadismo, por la IV Internacional.

Los trotskistas somos parte inseparable e indispensable de esta tarea, de la construcción de la dirección de la revolución mexicana en esta etapa. En los movimientos obreros o estudiantiles, en los sindicatos, en las calles o en las cárceles, hemos conquistado y demostrado ese derecho y esa función insustituible, y también lo hemos hecho, ante todo y sobre todo, en los textos de Posadas, de la IV Internacional, de la sección mexicana, de los camaradas presos desde hace cinco años y medio. Nuestro partido es un organismo insustituible de la revolución, como lo es de su programa nuestra elaboración teórica en el mundo y en México.

La revolución mexicana asciende programáticamente y orgánicamente, asciende hacia frente antiimperialista y hacia partido obrero basado en los sindicatos. El ascenso de las luchas obreras y campesinas por su organización independiente encuentra una expresión política indirecta, pero cada vez más vigorosa en el crecimiento de la actividad programática de la tendencia nacionalista revolucionaria y en el desarrollo de tendencias de oposición a los charros y por la democracia sindical y la función revolucionaria de los sindicatos. Esto se ve en la lucha del STERM y el apoyo que lo rodea, en la revista "Solidaridad", en la actividad de discusión y de principios de organización de sectores nacionalistas.

Una expresión muy clara y neta de este proceso es la actitud de Cuauhtémoc Cárdenas al dar a conocer el testamento político de Lázaro Cárdenas, que es la culminación de todos los pronunciamientos programáticos revolucionarios del último periodo de la vida de Cárdenas. En este documento, Lázaro Cárdenas llama a luchar por la nacionalización de la banca, la expulsión incondicional del imperialismo yanqui, la liquidación de todos los latifundios abiertos o encubiertos, la supresión de toda forma de explotación capitalista en el campo, la entrega de toda la tierra a los campesinos en forma de ejidos colectivos, la nacionalización de los bosques, la educación socialista, la nacionalización de las industrias básicas, los derechos democráticos, el derecho a la organización de partidos políticos fuera del control y sometimiento al PRI para todas las tendencias revolucionarias, la democracia sindical, la independencia de los sindicatos del Estado, contra los privilegios y la imposición del aparato charro apoyado por el Estado sobre los sindicatos, por el cumplimiento y la extensión de todas las conquistas obreras: salarios, seguridad social, derecho a la planta y a la estabilidad del trabajo, organización sindical de todos los sectores no organizados, etc., por el comercio y las relaciones con todos los países del mundo, contra "la política de unidad nacional sin distinciones sociales, de colaboración de clases y de irrestricta penetración del capital foráneo", por la continuación de la revolución mexicana como parte de la revolución mundial de esta época.

Este programa de Lázaro Cárdenas es una expresión de las fuerzas que ascienden desde lo más profundo de la tradición histórica de la revolución mexicana y de las luchas de las masas, y muestra cómo esas fuerzas se orientan resueltamente a dar una expresión orgánica a su lucha.

El programa que da Cárdenas y que su hijo Cuauhtémoc y la corriente en cuyo nombre habla y apoyan, es un programa de gobierno para el país. Es el programa para organizar un

gobierno popular basado en los sindicatos, como etapa de transición en México hacia el gobierno obrero y campesino. Es el programa para reagrupar las fuerzas nacionalistas y proletarias de la revolución, y que reclama ahora los organismos necesarios para llevar la lucha por esos objetivos: el frente antiimperialista como forma inmediata, el partido obrero basado en los sindicatos como órgano de clase en ese frente.

“Así se prepara —como dice *La revolución interrumpida* en sus páginas finales— la culminación de la apasionada esperanza de las masas mexicanas que guió y unió a los campesinos villistas y zapatistas y que arrancó las grandes conquistas obreras, campesinas y nacionales con Cárdenas y Múgica”.

Decimos al comienzo que el libro del camarada Adolfo Gilly es parte de las tareas colectivas de la fracción de presos políticos de nuestro partido. Esto significa que, aun cuando en este caso le haya correspondido escribirlo a uno de los camaradas en particular, esa tarea hubiera sido imposible sin el funcionamiento colectivo y la vida comunista organizada por nuestros camaradas presos, y en la cual todas las tareas son obra de todos, vienen de la discusión colectiva y reflejan la maduración colectiva y la intervención de todos los camaradas. Esta actividad ha sido posible, además, por el apoyo y la solidaridad permanentes hacia la Internacional, del partido, de las familias, de los amigos y simpatizantes y, directa o indirectamente, de todo el pueblo de México que mantiene la lucha indeclinable por la libertad incondicional de todos sus presos políticos.

Por eso, y porque como el mismo libro dice la base y el punto de partida de sus análisis y sus conclusiones está en la concepción de la revolución permanente de Trotsky y en la concepción de la revolución mexicana elaborada y expuesta en los textos teóricos de Posadas sobre México, “La revolución interrumpida” es íntegramente una obra de partido.

Llamamos a los camaradas nacionalistas revolucionarios, comunistas, antiimperialistas, sindicalistas y de todas las tendencias revolucionarias, a leer y discutir este texto, a difundirlo, a llevar adelante en frente único sus conclusiones; organizar la continuación socialista de la revolución mexicana en esta etapa, a través del frente antimperialista y del partido obrero basado en los sindicatos, con el programa antiimperialista y anticapitalista, y con el objetivo próximo del establecimiento de un gobierno popular basado en los sindicatos que aplique ese programa en el país, de la época de Cárdenas y que se repitió posteriormente en la Central Campesina Independiente (CCI). Mientras que en Perú el organismo en que se centralizó la tendencia nacionalista es el ejército. En México la profundidad del proceso revolucionario ha determinado que desde Cárdenas en adelante la tendencia nacionalista busque siempre apoyarse en los sindicatos, y se desarrolle de hecho como tendencia nacionalista basada en los sindicatos.

El papel absolutamente central de los sindicatos en la continuación de la revolución mexicana y en el proceso hacia gobierno popular y hacia el Estado obrero está anunciado por la actual lucha en torno al STERM y a la revista “Solidaridad”. Ese papel, y la posibilidad y la experiencia de las etapas anteriores de la revolución, plantean la posibilidad y la necesidad de organizar el partido obrero basado en los sindicatos, que comience como tendencia y se desarrolle posteriormente como eje del frente antimperialista y del gobierno popular y como el instrumento político indispensable del proletariado para pasar del Estado revolucionario al Estado obrero.

Estas son las tareas y los organismos fundamentales que los trotskistas llamamos a llevar adelante y a organizar para la defensa del STERM, la aplicación del programa revolucionario de Lázaro Cárdenas y la organización nacional de las fuerzas para continuar la revolución mexicana y para luchar por un gobierno popular basado en los sindicatos como etapa próxima de la revolución.

Llamamos al Partido Comunista Mexicano, a discutir esta perspectiva, a incorporar este documento como parte de sus textos de discusión para el XVI Congreso, a apoyar la formación del frente único antiimperialista sobre la base del programa enunciado por Cárdenas, a sumarse resueltamente a la defensa del STERM contra los charros¹¹ y el Estado y la incorporación como parte y como organismo necesario para la organización de las fuerzas de la revolución, en alianza con los Estados obreros y los Estados revolucionarios para la expulsión del imperialismo y la continuación socialista de la revolución mexicana.

¹¹ *Charros*: En el contexto mexicano, se llama “sindicatos charros” a aquellos sindicatos alineados a los intereses gubernamentales y de la patronal. Su denominación se debe al líder del sindicato ferrocarrilero Jesús Díaz de León, apodado “El Charro”, quien era aficionado a vestir de charro y que, además, se unió al presidente Miguel Alemán para golpear a su propio sindicato en el conflicto laboral de 1948 (N. de los E.).